

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

N.º 257

MADRID 22 DE SEPTIEMBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



¡ENRIQUITO! ¡HIJO MIO! QUE ME ROMPES EL CRÁNEO!

COSTUMBRES.

COSAS DE ESTE SIGLO.

—¿Es Vd. de la casa, caballero?

Me dijo un joven elegante; entrando en el ancho portal de la magestuosa casa de *Astrearena* una deliciosa tarde del mes de octubre de mil ochocientos y pico. Le conteste que sí; y en ese caso, continuó, podrá Vd. tal vez decirme si en ella habita un joven cursante en medicina llamado don Eduardo de.

—Elativamente: suba Vd., que en el inmediato tengo yo mi domicilio.

Marchamos escalera arriba después de la ceremonia de costumbre, cediéndonos ambos la primacía en trepar por aquel castillo de madera.

—Estas escaleras de Madrid, decía mi desconocido agarrándose á la barandilla de hierro, son terribles y perjudiciales en extremo. Caballero, Vd. me dispensará; necesito respirar un tanto. ¡Oh! esto es enfermo, y para una salud quebrantada como la mía... No debiera el ayuntamiento consentir semejantes desórdenes. ¡Pues no es nada! ¡quinto piso!... y los que restan ana!...

—Ya estamos próximos: pasando esta puerta inmediata, la de mas arriba.

—Con que es decir que vive mi cariñoso amigo en un sétimo piso de la casa ma celebrada de la capital. Creo que mi vista no me ha engañado esta vez; siete puertas ascendiendo son siete pisos, son siete pisos cabales.

—Se conoce que es Vd. forastero en la corte, ó no está enterado en la distribución que se dá ahora á las casas en general. El cuarto que Vd. bas-

ca es piso cuarto, aun cuando haya observado siete puertas ascendiendo como Vd. dice; porque la primera es de una habitacion ta del portero; la segunda un piso bajo, la tercera de un cuarto entresuelo, cuarto principal, quinta...

—Ya, ya; se quiere engañar al público y asesinarlo... ¡oh! y es menos malo, que tiene luces. Esta mañana acompañaba yo á una señora amiga por una endiablada escalera de las casas de la Plaza Mayor, donde no dí por mi vida dos cuartos apesar de las diferentes clases de equilibrios que ejecutamos hasta llegar á su habitacion. A oscuras pisábamos y sin mas agarradero que una pared lisa y denegrada, que á cada encuentro despedía un témpano sobre nuestras molidas espaldas. Mi levita no se sabia de qué color era cuando descendí á la calle: tenia todo el pantalon roto y magullada la pierna derecha por sostener á la señora. Nada mas admirable que el sistema de economizar terreno en esta bendita poblacion!

—Aquí tiene Vd., caballero; esta es la habitacion de su amigo don Eduardo.

Tió de la campanilla mi interlocutor, y á la voz de «servidor» abrieron de par en par la puerta; rutina perjudicialísima de muchas criadas, y que tantos robos y vidas tiene de costa á los confiados vecinos de esta capital.

—Don Eduardo de...

—Pase Vd., pase Vd., caballero: por aqui, á la derecha, encontrará Vd. su despacho.

Me saludó el desconocido y cerró la criada con estrepitoso ruido la puerta, quedándome yo al dintel de la mia esperando que la abriesen. Y no tema el lector quedarse en ayunas de lo que pasó dentro de la casa de mi vecino, porque su criada es amiga de la mia y me hizo relacion sucinta

de cuanto allí hablaron los dos verdaderos amigos: el que quiera saber la vida de su prójimo preste orejas á la doméstica que le sirva.

Atravesó el atolondrado Enrique por la sala llamando á su amigo y haciendo un fuerte ruido con el baston por todos los muebles de la casa: asomaba la cabeza por cuantas puertas abiertas veia al paso, y...

—¡Há de la casa! decía: ¡Eduardo, Eduardo; ¿asi recibes á tus amigos?

Acudió Eduardo á los gritos de Enrique y diéronse un estrechísimo abrazo, rebosando ambos semblantes de alegría.

—Aquí me tienes, Eduardo; aquí me tienes á cumplirte la palabra que te he dado esta mañana. Vamos ¿dónde están tus niños? Llévame á ponerme á los pies de tu querida esposa.

Cogió de la mano Eduardo á su amigo Enrique, y lo introdujo en su despacho, en donde se hallaba uno de sus hijos, el pequeño Enrique, enredando con unos soldados de papel en compañía de otro chico del cuarto inmediato.

—Aquí tienes á tu ahijado, tan tronera como su padrino: ahora avisaré á mi señora y á la niña Sofia que segun creo han de hallarse durmiendo la siesta.

—¡No faltaba otra cosa! Déjalas que descansen, que yo maldita la prisa que tengo. Ven tú, Enriquito, ven para darte un beso.

Dijo sentándose en una silla y posando en sus muslos al tierno Enrique que no cesaba de mirarle.

—Y este otro niño ¿cómo se llama?... ¡O!a! Carlitos. Sin duda será tan buena alhaja como tú. Vaya, toma mi sombrero y mi baston: míralo bien, esto es de Paris.

— ¡De Paris! ¡De Paris! exclamaron ambos chicos con gran regocijo; y empezaron á disputar las prendas que dejaron en sus manos. Carlitos cogió el baston y echó á correr por todo el despacho, cabalgando á guisa de soldado de caballería. Enriquito se caló el sombrero hasta las cejas, chapurrando ciertas palabras á manera de los franceses, cuando de su idioma y de la hermosa lengua castellana forman un dialecto que el demonio que lo comprenda. Cansado Carlitos de trotar con su elegante corcel se pasó delante de su amigo y le exigió cambiasen de prendas. En su amigo se negó á la demanda, pero el atrevido Carlitos echando mano de una de las alas del sombrero forcejeaba por arrancar á su compañero el objeto de sus deseos. Sufrió Enrique un vaiven tan peligroso con la ruda embestida de Carlos que para no rodar por el suelo tuvo que asirse á los rizados cabellos de su padrino. De esta manera luchaban los pequeños Alcides, siendo dampo de Agramante los gastados muslos del amigo de Eduardo, y á cada arremetida que daban lo chico los, Enrique hacia un gesto horrible y espantoso, despidiendo un ¡ay! doloroso de lo profundo del corazón.

— ¡Enriquito! ¡hijo mio! que me rompes el cráneo!

Los niños no hacian caso de aquellas tristes exclamaciones, siguiendo con bravísimo coraje disputándose la manzana de la discordia. Eduardo con una calma estoica contemplaba la encarnizada lucha y se reía á pierna tendida de las diversas caricaturas que formaba el semblante de su amigo.

REVISTA DE TEATROS.

Quisiéramos ver desterrados de las entradas de nuestros teatros algunos sitios inmundos que ofenden al público en general, y particularmente al bello sexo, por mil motivos. Esos sitios y el abuso que de ellos se hace dan á entender que los teatros de la capital de España merecen conservar su antiguo nombre de *corrales*.

MACIAS EL ENAMORADO (1)

(CRÓNICA DEL SIGLO XV.)

Aquesta lanza sin falla
¡Ay coitado!
No me la dieron del muro,
Ni la prise yo en batalla
Mal pecado.
Mas viniendo á ti seguro
Amor falso, é perjuro
Me fino, é sin tardanza;
E fue tal la niña andanza,
Sin ventura.

I.

Era la media noche. El silencio mas profundo reinaba en los salones del palacio de don Enrique de Villena, cuando los quedos pasos de una persona se oyeron cerca de la camara del marqués.

Estaba este recostado en un magnífico sofá con los ojos fijos en la preciosa lámpara que ardía sobre una mesa, al tiempo que un bulto de negrísimo capuz se presentó en el aposento.

— Acércate, Hernan Perez, dijo don Enrique al recién venido que haciéndole una salutación respetuosa se sentó á su lado.

— Sabes para lo que te llamo? prosiguió.

— Decid....

— Hace un momento que Macias llegó de Andujar....

— ¡Macias, señor!!!

— Si; trae la nueva de la muerte del Maestro de Calatrava y te llamo porque quiero á todo trance ser el jefe de esa orden.

— Yo creo no habrá nada que os lo impida.—

(1) Macias fue natural de Galicia; muchos le suponen hermano de Juan Rodriguez del Padron pero se equivocan porque ambos casi eran de una misma edad. Véase los escritores de aquel tiempo.

— ¡Nada, Hernan Perez!!!. Te olvidas que soy casado y que un casado no puede serlo?

— ¡Pero olvidais tambien vos que hay bebidas que el que las prueba muere, y puñales que estinguen la vida de cualquiera?

— Oh! no lo olvido, no; porque para eso te mandé á buscar.

— A mi!!!

— A ti. — Vas á hacerme un servicio que compensaré con la gracia que mas apetezcas; todo lo que quieras tendras como cumplas con la lealtad de siempre el encargo que voy á darte.

— Continúa, don Enrique.

— Quiero que ahora mismo entres en la habitación de doña Maria de Albornoz, mi esposa, y que con tu puñal destruyas esa barrera que se opone al logro de mis afanes.

— ¡Señor, un asesinato!!!

— Y qué es un asesinato si por él tendras á tu disposicion al marqués mas poderoso de Castilla?

En aquel momento el de Vadillo se acordó de Macias, y una alegría feroz animó sus líbidas facciones.

— Don Enrique, dijo, bien sabe el eterno que solo por vos cometeré semejante crimen; y en seguida echando mano á la daga que pendia de su cintura, se dirigió á la camara de la de Albornoz.

Un momento despues Hernan Perez se presentó ante el marqués mas pálido que nunca, y los ojos de este brillaron de alegría al ver la sangre que destilaba el puñal de su Escudero.

COMUNICADO.

El público está enterado del proyecto de un *Gimnasio Musical* que bajo la direccion de don Indalecio Soriano Fuertes, don Francisco Redolati y otros profesores debe establecerse en esta corte, *Gimnasio* cuyas bases se publicaron en los números 9 y 10 de mayo y 26 de junio de este año. Los citados profesores no han abandonado su proyecto, aunque sí lo han retardado: 1.º á causa de los acontecimientos políticos; 2.º porque don Francisco Redolati fué convidado á viajar por las provincias por quince dias, cuyo viaje se ha prolongado hasta la fecha por causas particulares; habiendo llegado á esta corte y tenido el honor de leer en la Revista de Teatros el famoso *Museo Musical* publicado por el señor Espin, cuyo plan es verdaderamente nuevo (como dice el autor), pues se enseña la música con ventajas y resultados positivos *sin tratar de imitar á nadie*, por ser idea suya, y solo suya, y que si ha habido alguna persona que le haya precedido en la instalacion de una escuela de música esta misma estaba iniciada en su plan, no puedo menos que decir al autor que se ha apoderado de un cargo que está muy lejos de competirle por ser propiedad del *Gimnasio Musical*, y solo le añadiré, que todo profesor que no ha pertenecido á un conservatorio como el de Milan, Napoles y Paris, no es mas que un mal imitador, sin regla alguna, y aun menos cuando la ciencia del señor Espin se reduce á la composicion de una canción, dando así una prueba á toda España de una reforma general en la música, anunciándolo en todas las provincias con carteles escritos con grandes letras, donde se lee: REFORMA GENERAL DE LA MUSICA ESPAÑOLA POR EL PROFESOR ESPIN.

Cuando se habla de reforma, se necesita saber lo que se dice, porque este punto depende de la ciencia del arte y no de copiar en todos los libros.

Existen en todas las orquestas de España dos instrumentos que están enteramente fuera de toda regla y necesitan una reforma, porque no sirven para la música antigua ni moderna; y desafío al señor Espin: 1.º á analizar los dos instrumentos; 2.º á explicar los defectos que tienen, y 3.º á darles la reforma necesaria; le invito á que conteste á estos tres puntos. La contestacion del señor Espin y la reforma natural que don Francisco Redolati dará á estos dos instrumentos se remitiran al Conservatorio de Paris, donde resolverán la aprobacion de uno ú otro. En cuanto á la parte de enseñanza en general que el señor

Espin promete al público, es claro que este profesor no podrá dar una educacion musical completa á la juventud, porque en sus obras le faltan cuatro puntos principales, que son:

- 1.º Contrapunto.
- 2.º Armonizacion.
- 3.º Ejecucion moderna (sin la cual no hay música).

4.º Enseñanza mútua.

En cuanto á la enseñanza mútua, no entiendo qué quiere decir el señor Espin; debe saber bien que en el Instituto de Madrid, un profesor de distincion se tomó el cargo de la enseñanza de este método, con lo cual no ha podido salir: es cierto que con el y el nuevo sistema de ejecucion se puede enseñar á los discípulos sin que el mismo profesor lo haya aprendido.

Por esto creo que el señor Espin, que anuncia la enseñanza, no ha visto el método, y en prueba de ello le invito á que designe el modo de explicar en pocas palabras la primera parte del método, y en qué instrumento debe hacerse.

La segunda parte, en que empiezan los discípulos á entrar en las lecciones de dos, tres y cuatro voces, se les enseñan las primeras reglas de la armonía; aqui empieza á formarse la voz y la organizacion del oido; esta es la contestacion que espero del señor Espin.

En lo relativo á la publicacion del señor Espin, donde habla con los padres de familia con la exactitud que él le da hay mucha duda; la cosa es bien clara, y ninguno necesita ser profesor de música para entenderla. Si los discípulos de esta escuela, sobre todo de armonía y composicion, permiten su inauguracion, se publicara tambien un periódico de música y literatura, pero no como el del señor Espin, el cual está compuesto, como el mundo, al revés; el señor Espin toma la parte literaria como profesor de música, y el señor Carrara, que no sabe una nota de este arte y si solo vender el papel que compra, está encargado de la parte musical.

En cuanto á la invencion del *Museo Musical* por el señor Espin, pongo aqui la contestacion que la *Gaceta Musical* de Paris ha dado al *Gimnasio Musical*, con la esperanza de que el señor Espin se satisfaga, y al mismo tiempo para que el público vea la invencion de este grande autor. Sin duda el señor Espin formará la cuarta parte de la música europea.

Siendo el compositor del tercer método don Francisco Redolati, el señor Espin sin duda ha soñado poner esta clase en su escuela sin haber visto nunca método alguno.

Los profesores del *Gimnasio Musical* prometen dar una leccion diaria al señor Espin, con el objeto de proporcionarle los medios de cumplirteuano ha prometido al público.

Esperamos que el señor Espin nos dispensará si no tenemos una pluma dorada de la Gaceta como la suya, mas la nuestra dice la verdad.

Invitamos al señor Espin á que con arreglo á la ley publique este comunicado en la *Iberia Musical y Literaria*.

F. REDOLATI.

TEATROS.

CRUZ Y PRINCIPE.

No hay funcion.

CIRCO.

A las siete y media de la noche.

Gran funcion extraordinaria de canto y baile dividida en dos partes. Las piezas de canto serán ejecutadas por la señora Gariboldi, y los señores Sinico, Alba Marchetti, Santarelli y coros y en los bailables verificarán su salida primera la señora Melanie Duval, el señor Archille Henry, y el señor Donize.

IMPRESA DE BOIX.